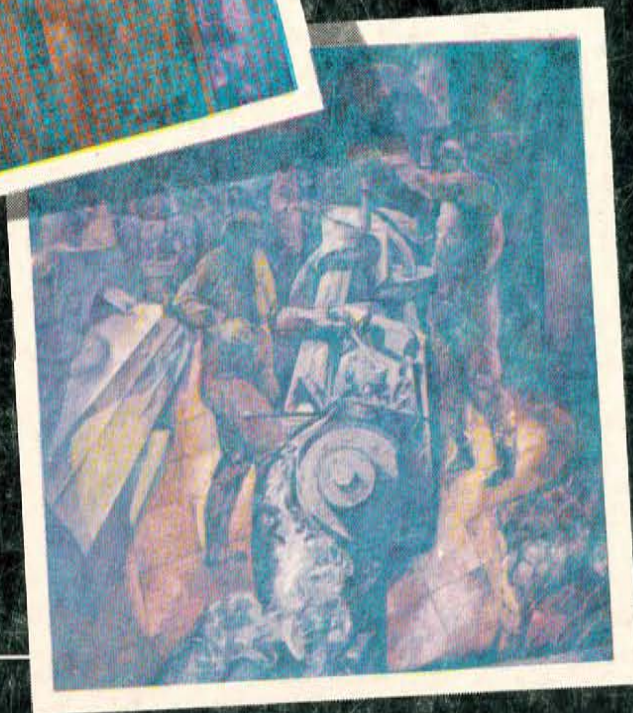


Revista de la UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

arte.ciencia.literatura

Número doble



PSICOLOGIA Y SOCIEDAD

Raúl Aceves L.
Gilberto Fregoso
Mara Fuentes
Jorge Esteban Garibay
Enrique Guinsberg
Constance Holden
Maritza Montero
Francisco Pamplona
Gabriel Rodríguez Cervantes
Miguel A. Romero Morett
Enrique Sánchez Ruiz

TEXTOS Y LIBROS

Sobre Malcolm Lowry
Robert Dunham
Malcolm Lowry
Manuel Rodríguez Lapuente
Rafael Torres Sánchez
Jaime G. Velázquez
Wolfgang Vogt

Y TEXTOS DE

Humberto Bazán
Ricardo Castillo
Jorge Cázares
Rafael Torres Sánchez
Sergio Valerio Ulloa

Ilustra: Antonio Ramírez

- 1** Editorial
- 3** Un concepto psicológico de ideología
Gilberto Fregoso
- 17** Sistematización de la psicología capitalista a través del método marxista
Jorge Esteban Garibay
- 35** Los medios masivos de difusión como productores de "locura"
Enrique Guinsberg
- 43** Apuntes para una psicología de la crisis
Raúl Aceves L.
- 49** Los problemas teóricos y metodológicos en el estudio de los grupos en psicología social
Mara Fuentes
- 65** Medios de comunicación, educación informal y cambio social
Enrique Sánchez Ruiz
- 89** La psicología de la dependencia: de la ideología a la alienación
Maritza Montero
- 103** Genes, personalidad y alcoholismo
Constance Holden
(traducción de Carlos Ramírez)
- 109** L. Szondi: genética, psicología profunda y etología humana
Gabriel Rodríguez Cervantes
Miguel A. Romero Morett
- 121** Freud: psicoanálisis y cultura
Francisco Pamplona
- Estigmas de la realidad**
(suplemento a color)
Graciela Kartofel
- Textos y libros sobre Malcolm Lowry**
- 135** Las ruinas del hombre
Jaime G. Velázquez
- 139** Prólogo a una novela
Malcolm Lowry
(traducción de Celia del Palacio)
- 145** La política bajo el volcán
Manuel Rodríguez Lapuente
- 153** Las disquisiciones de Che Garufa
Rafael Torres Sánchez
- 159** Lo mexicano en under the volcano
Wolfgang Vogt
- 163** La maldición de los escritores
Robert Dunham
(traducción de Alejandro Vargas Vázquez)
- 169** Dos poemas
Ricardo Castillo
- 171** Cuarteto de amor y de protesta
Humberto Bazán
- 174** Poema suelto
Jorge Cázares
- 175** Enredadera, la literatura jalisciense
Rafael Torres Sánchez
- 3ra. de forros** El espejo
Sergio Valerio Ulloa

Antonio Ramírez nació en México, D.F., en 1949. Ha expuesto en galerías nacionales y extranjeras. Recientemente publicó en la revista Estudios Sociales del IES, U. de G.

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Lic. Enrique Javier Alfaro Anguiano
Rector

Lic. José Manuel Correa Ceseña
Secretario general

Lic. Genaro Cornejo Cornejo
Director del Departamento de Extensión Universitaria

Revista de la UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

José Manuel Correa Ceseña
Director

Alejandro Vargas Vázquez
Jefe de redacción

Diseño y montaje: José Luis Valle Galindo y Nicolás Castillo Ayala

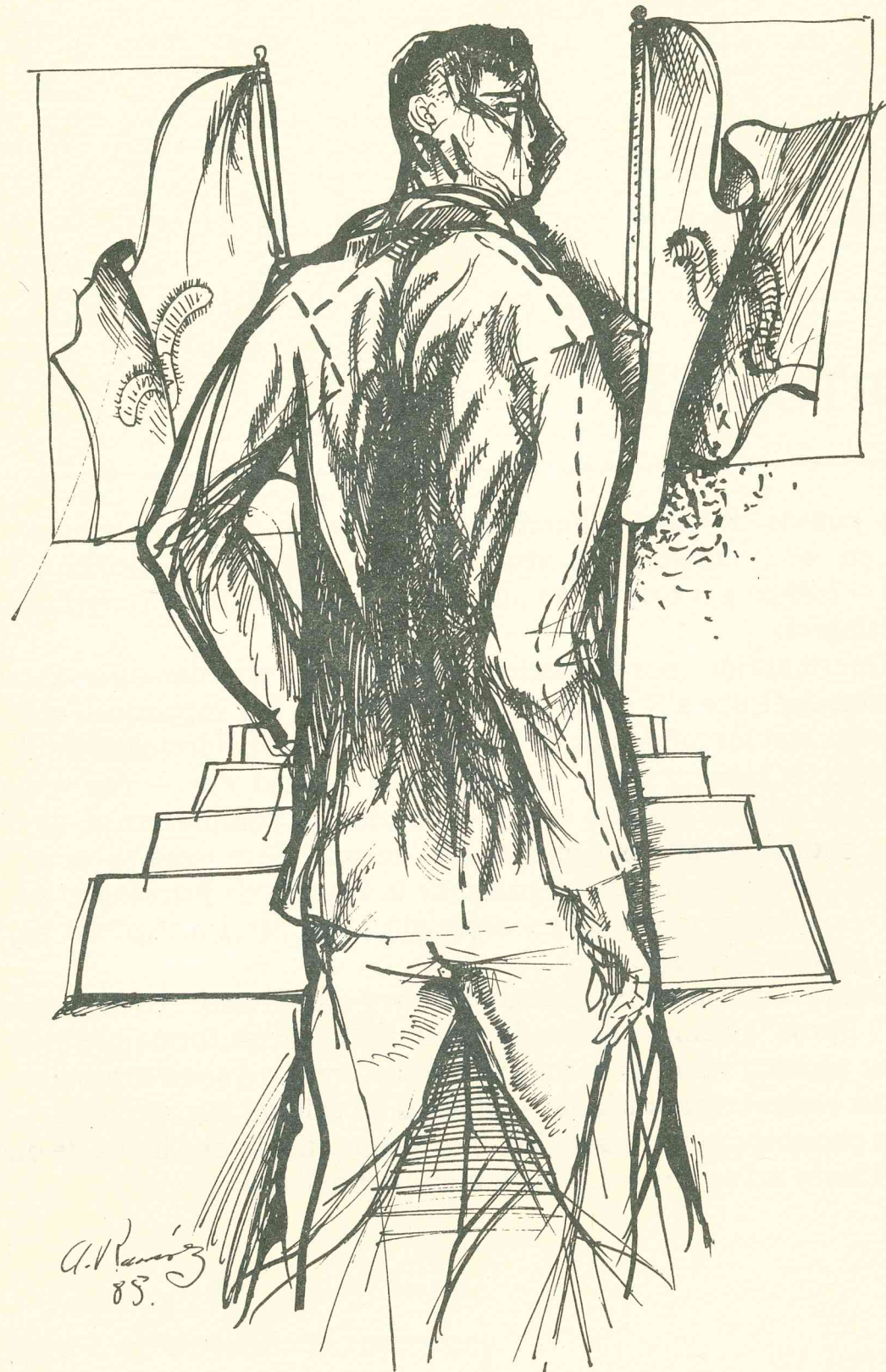
Revista de la UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA, es una publicación del Departamento de Extensión Universitaria de la U de G. Toda correspondencia deberá dirigirse al Departamento de Extensión Universitaria, 7mo. piso del Centro Cultural y Administrativo de la U de G, Juárez y Tolsá, Guadalajara, Jalisco, México. Tiro 3,000 ejemplares. Impresión Departamento Editorial de la U de G. Julio de 1985.

EDITORIAL

Diversos puntos de vista, diferentes enfoques, distintas posiciones se reúnen, en esta ocasión, en torno al tema central —psicología y sociedad— cuerpo y texto de este número de la Revista de la Universidad de Guadalajara.

Continuación, por así decirlo, del tema que abordamos en la pasada edición dedicada a la crisis —no la olvidamos, por supuesto— el lector sabrá dar con los puntos de contacto, los cables tendidos entre un discurso y otro, la manera como los individuos —usted y yo— nos vemos afectados por nuestro entorno social, los medios de comunicación, de difusión, la cotidianidad, es decir, la vida misma. Este tema se ve enriquecido con las aportaciones, en parte, de la Escuela de Psicología, aunque también tuvimos que acudir a especialistas en otras disciplinas para darle un carácter más ágil.

Como lo prometimos, Malcom Lowry está presente en la sección "Textos y libros", siempre dedicada a asuntos en cierta forma literarios, que en este número va un poco más allá. Sólo diremos que en torno a este autor giran varias colaboraciones —algunas de calidad insospechada— y no menos pacientes y entusiastas lectores. Y un artículo que habla de que Malcom Lowry no estaba solo, no fue un hecho aislado.



UN CONCEPTO SICOLOGICO DE IDEOLOGIA

Gilberto Fregoso

En sus estudios, Freud no aísla al sujeto de su entorno o medio ambiente histórico, sino que problematiza la relación del individuo con la sociedad.

Para Freud, el aparato anímico del hombre se ha venido desarrollando en relación al esfuerzo por conocer y adaptarse al mundo exterior. Al decir del maestro, la cultura comprende todo aquello que la humanidad ha requerido para transformar la naturaleza y ponerla (parcialmente) a su servicio; así como también todas las organizaciones e instituciones que regulan las relaciones entre los seres humanos, particularmente las formas de producción y distribución de los bienes materiales que sirven para la subsistencia. Pero las fuerzas productivas y las relaciones sociales como contenidos de la cultura, no pueden considerarse por separado, ya que los bienes producidos satisfacen ciertas necesidades pulsionales de los hombres y ejercen una significativa influencia sobre sus relaciones; y a la vez, dice, porque un ser humano puede representar un bien material para otro (como capacidad de trabajo o como objeto sexual).

A partir de un profundo análisis de la organización de los pueblos primitivos, llega a elaborar la construcción teórica sobre el origen del totemismo y, por extensión, de la religión.

Un elemento clave para su elaboración

teórica lo constituye el horror que produce en los primitivos el incesto, que es lo que determina su organización social y provoca la implantación de una serie de normas rígidas y de prohibiciones (cuya violación trae consigo fuertes castigos) tan sólo comparables a los síntomas de los neuróticos.

En todos los pueblos primitivos se han detectado restricciones similares centradas en el tabú, ley que rige el sistema social. La relación del primitivo para con el tabú es ambivalente: por un lado le provoca sentimientos de hostilidad, por el otro, es objeto de su amor y respeto. Freud encuentra semejanza entre este contradictorio comportamiento y el de los neuróticos y los niños. En los primeros se da esta ambivalencia en relación con los seres queridos; en los segundos, respecto al padre.

Pero la analogía que hace este autor, entre el totemismo y la experiencia clínica no se detiene aquí, sino que encuentra múltiples puntos de contacto: el parecido existente entre los cultos totémicos (con animales) y la fobia del niño neurótico hacia ciertos animales. La prohibición totémica podría sintetizarse en dos leyes rígidamente instituidas: el castigo al incesto y la de matar o comer al tótem. La investigación que en torno a las neurosis infantiles ha realizado el psicoanálisis, ha revelado el sentido que para el niño enfermo tiene el animal objeto de sus fobias: representa al padre, a la vez amado y temido. Si el animal totémico representa al padre y si al mismo tiempo las prohibiciones —del incesto y de agredir al padre— coinciden con las de los primitivos (complejo de Edipo), esta relación unida a las hipótesis de Atkinson y de Darwin sobre la horda primigenia, proporcionan a Freud los elementos clave para fundamentar su teoría acerca de los orígenes de la cultura y la sociedad:

La teoría Darwiniana supone... la existencia de un padre violento y celoso, que se reserva para sí todas las hembras y expulsa a sus hi-

jos conforme van creciendo. Este estado social primitivo no ha sido observado en parte alguna. La organización más primitiva que conocemos y que subsiste aún en ciertas tribus, consiste en asociaciones de hombres, que gozan de iguales derechos y se hayan sometidos a las limitaciones del sistema totémico, ajustándose a la herencia por línea materna... () ...Los hermanos expulsados se reunieron un día, mataron al padre y devoraron su cadáver, poniendo así un fin a la existencia de la horda paterna. Unidos emprendieron y llevaron a cabo lo que individualmente les hubiera sido imposible. Puede suponerse que lo que les inspiró un sentimiento de superioridad fue un progreso de la civilización, quizás el de disponer de un arma nueva. Tratándose de salvajes caníbales era natural que devorasen el cadáver. Además, el violento y tiránico padre constituía seguramente el modelo envidiado y temido de cada uno de los miembros de la asociación fraternal, y al devorarlo se identificaban con él y se apropiaban de una parte de su fuerza. La comida totémica, quizá la primera fiesta de la humanidad, sería la reproducción conmemorativa de este acto criminal y memorable que constituyó el punto de partida de las organizaciones sociales, de las restricciones morales, y de la religión.¹

Uno de los puntos claves junto con el descubrimiento del inconsciente y la elaboración teórica del determinismo síquico, lo es la explicación del deseo del hijo por la madre y el deseo de asesinar al padre o a su sustituto, y nos sirve para dar respuesta a algunos aspectos relacionados con la evolución de la especie humana. Con él se pueden explicar varios fenómenos del desarrollo cultural, entre otros: el surgimiento de la moral y del derecho, de la religión, y de algunas otras instituciones sociales.

Todos los pueblos de la antigüedad observan el tabú de los muertos, cuya interpretación por Freud enriquece el conocimiento de la infancia de la humanidad, una vez muerto

el padre original. Ante la incógnita de la muerte y a falta de una explicación racional de este hecho, los primitivos establecen una larga serie de imposiciones y prohibiciones con respecto a los muertos. Pensaban que la muerte era producto de una agresión proveniente de otro ser humano o de fuerzas sobrenaturales; la muerte por enfermedad era considerada como una venganza del difunto por medio de su espíritu. De esta manera, los espíritus de los muertos eran temidos demonios.

Desde la perspectiva clínica, el psicoanálisis explica ampliamente, sobre todo en ciertas psicopatologías como la neurosis, los sentimientos relacionados con el fenómeno de la muerte. Cuando alguien ha perdido a un ser querido y le embarga el dolor, no por ello deja de abrigar un sentimiento de culpabilidad en torno al papel o influencia que "jugó" o "tuvo" en el fallecimiento de la persona amada. A estas dudas les llama Freud "reproches obsesivos" y tienen que ver con una presunta culpabilidad en términos de negligencia hacia el muerto. Estas conductas son producto de la ambivalencia (amor-odio) de la afectividad humana que ya había estudiado la etnología en el comportamiento de las culturas ancestrales.

Mientras que en el neurótico está ambigüedad del afecto no va más allá de los remordimientos, en los primitivos despierta una necesidad de defenderse contra la hostilidad del amigo o enemigo, e incluso de un familiar muerto. Siguiendo este orden de cosas, o el hecho físico de la muerte del padre o el deseo de su muerte, produjo en el hombre de la horda original un fuerte sentimiento de culpa que les hizo temer la venganza del furioso padre original. Cuando se comen al padre, dice Freud, los hijos introyectan las prohibiciones emanadas del dominio del recién muerto.

Según este autor, el asesinato trajo como consecuencia un sentimiento de temor, debido al cual se impusieron la expiación. Desde su conciencia, los hijos asumen la norma, y hacen que la ley del padre ejerza una mayor influencia que cuando éste estaba vivo. El estricto respeto al tótem, símbolo del padre asesinado, no es otra cosa que la obediencia

retrospectiva que el temor y el remordimiento de los hijos les hace autoimponerse, y que son las normas fundantes de la cultura. De la conciencia culpable de los hijos después de su crimen es que surge el totemismo, como un intento de reconciliación con el progenitor, y como el antecedente inmediato de la religión.

Sobre la base de la culpa filogenética por el parricidio, según la teoría freudiana, descansa la sociedad; tanto la moral como la religión lo hacen en el sentimiento de culpabilidad; el derecho y el poder, sobre las nuevas relaciones sociales establecidas ya sin la ominosa y molesta presencia del odiado, pero arquetípico padre. Por tanto, los supuestos teóricos de la génesis de la cultura consideran: un individuo reprimiendo sus pulsiones sexuales y agresivas y que devienen en deseos inconscientes; una relación triangular con la madre y con el padre en que se tiende a violar la ley establecida, y la consiguiente culpabilidad (puede ser el mero deseo de la violación). La reproducción continua de esta situación como elemento sin el cual la cultura no podría desarrollarse, provocando un conflicto constante entre el hombre "civilizado" y la propia cultura.

Es a través de las aportaciones conceptuales freudianas acerca de la naturaleza de la sexualidad humana y del inconsciente, que se puede elaborar una completa teoría de la cultura y que, para efectos de este trabajo es fundamental, habida cuenta de la explicación que acerca de la renuncia a la satisfacción de las pulsiones, en pro del mantenimiento de la civilización establecida (como hace Freud en sus obras, civilización y cultura son empleados indistintamente); y de la explicación que da al papel del inconsciente en la adaptación del individuo a la sociedad y en la reproducción de ésta.

Estos dos niveles amplían el horizonte de la crítica a la civilización vigente, y al tipo de agente social producto de ella: agente al que se requiere explotar y hacer vivir de ilusiones.

Con los atisbos de la ilustración francesa y de pensadores como Francis Bacon y muy especialmente Feuerbach (su conceptualización del fenómeno religioso muy cercana al

concepto de "proyección" en el psicoanálisis), establece con nitidez la interrelación individuo-sociedad y plantea los mecanismos de dicha relación.

El secreto de la evolución humana es develado en la medida en que se conoce la transformación ininterrumpida de la represión externa en interna por vía del superyo, garante, desde dentro del sujeto, del cumplimiento de los preceptos que mantienen el equilibrio en la sociedad.

El individuo, de acuerdo a la teoría freudiana, incorpora en su conciencia las prohibiciones que es preciso acatar para el mantenimiento de la cultura vigente, y desde su interior, una vigilante y celosa moralidad le reprime cualquier posibilidad no sólo de consumir la infracción de la ley, sino de apenas proponérselo mentalmente.

El tipo de agente social acrítico y pasivo, alienado de sí y de su entorno, viviendo una falsa conciencia, es el hombre común producto de la cultura.

Pero al eliminar el cumplimiento del deseo, por lo menos en una gran medida, la insatisfacción se enseñoorea en la vida del sujeto, provocando, observa Freud, un profundo resentimiento que le conduce a la infelicidad, a la vez que una reacción agresiva contra la sociedad.

Es conveniente aclarar que el deseo reprimido y coartado no puede ser totalmente reprimido o suprimido, pues actúa desde el inconsciente.

Pero la represión a la satisfacción del deseo tiene sus variantes según el tipo de sociedad en que se organicen los individuos; para el psicoanálisis es claro que hay determinadas formaciones sociales en que la represión se manifiesta en injusticia social: en la medida en que unos individuos son oprimidos para atenuar la insatisfacción de otros, resulta evidente que los primeros desarrollen y expresen una intensa hostilidad en contra de la sociedad que no les brinda la posibilidad de satisfac-

cer sus pulsiones, sus deseos.

La teoría sicoanalítica descubre los mecanismos de que se vale esta desigual sociedad para atenuar el odio de los oprimidos ante su situación, trátase de individuos, de grupos o de clases sociales.

La cultura establecida debe ser defendida a toda costa por quienes obtienen ventajas de ella y en ella, por lo que todas las normas, mandamientos, leyes, discursos, instituciones tienen como primordial objetivo mantener y reproducir el orden imperante. Al respecto señala Freud:

Experimentamos así la impresión de que la civilización es algo que fue impuesto a una mayoría contraria a ella por una minoría que supo apoderarse de los medios de poder y coerción. Luego no es aventurado suponer que estas dificultades no son inherentes a la esencia misma de la cultura, sino que dependen de las imperfecciones de las formas de cultura desarrolladas hasta ahora.²

Sin embargo, tal pareciera que con la mera distribución de los bienes materiales el problema de las tendencias hostiles de los individuos, sobre todo de los explotados y marginados, desaparecería. Pero esto soslayaría el hecho, según este enfoque, de que "todos los hombres integran tendencias destructoras—antisociales y anticulturales— y que de alguna manera se manifiestan en el comportamiento social de los hombres".

En otras palabras, el nódulo de la cuestión es desplazado de lo socioeconómico, a lo psicológico.

"El pecado original" filogenético, no distingue razas, clases, credos, ni nacionalidades. Lo que no se puede negar, y en este sentido nos ayuda la aportación de Marcuse,³ es que no obstante que la represión impuesta por la cultura al individuo (por cierto, no es una cultura abstracta ni general, sino concreta, histórica y particular, ubicada en un tiempo y un espacio determinados) atañe a **todos** los in-

dividuos, dominantes y dominados, en este sentido es global; pero la clase dominante tiene paliativos cualitativamente superiores y en mayor cantidad para enfrentar el malestar en la cultura, dado que posee mayores y mejores recursos que los desposeídos y marginados, cuyos lenitivos para soportar la coerción pulsional y aún más, su propia explotación, frecuentemente sin expectativas siquiera mediatas de cambiar tal estado de cosas, son de otra naturaleza y responden a una cuidadosa programación por parte de quienes tienen mayores y mejores recursos de poder.

No es aventurado suponer que toda clase dominante luchará por mantener el privilegio de disfrutar de un menor malestar, de valerse de los más diversos y sofisticados lenitivos para hacer llevadera la vida en sociedad.

Y así podría adelantarse una posible definición de ideología desde una perspectiva psicológica: es la ilusión del cumplimiento del deseo que se forjan individuos y clases.

A este respecto conviene señalar, con Freud, el que hay privaciones que afectan a **todos** los individuos y hay otras que afectan nada más a determinados individuos pertenecientes a una clase o a un grupo.

Las primeras serían más antiguas y constituyen el motor de la hostilidad filogenética contra la cultura y se reproducen en cada individuo que nace: el incesto, el canibalismo y el homicidio, deseos pulsionales reprimidos.

La prohibición se ha centrado en este tipo de deseos, y su violación supone fuertes castigos por parte de la sociedad, que es la que ha instituido tales prohibiciones.

Para el padre del psicoanálisis, la especie humana ha evolucionado anímicamente, y una muestra de este aserto lo constituye el cambio paulatino de la coerción externa hasta tornarse interna, por medio del superyo, que va asumiendo desde dentro la ley establecida en términos de "deber ser".

Citando un párrafo de *El porvenir de una ilusión*:

En todo niño podemos observar el proceso de esta transformación que es la que hace de él un ser moral y social. Este robustecimien-

to del superyo es uno de los factores culturales-psicológicos más valiosos. Aquellos individuos en los cuales ha tenido efecto cesan de ser adversarios de la civilización y se convierten en sus más firmes sustratos. Cuanto mayor sea su número en un sector de la cultura, más segura se hallará ésta y antes tendrá que prescindir de los medios externos de coerción "...advertimos con sorpresa y alarma que una multitud de individuos no obedece a las prohibiciones sociales correspondientes más que bajo la presión de la coerción externa; esto es, sólo mientras tal coerción constituye una amenaza real e ineludible. Así sucede muy especialmente en lo que se refiere a las llamadas exigencias morales de la civilización, prescritas también por igual a todo individuo. La mayor parte de las transgresiones de que los hombres se hacen culpables lesionan estos preceptos. Infinitos hombres civilizados, que retrocederían aterrorizados ante el homicidio o el incesto, no se privan de satisfacer su codicia, sus impulsos agresivos y sus caprichos sexuales, ni de perjudicar a sus semejantes con la mentira, el fraude y la calumnia, cuando pueden hacerlo sin castigo, y así viene sucediendo, desde siempre, en todas las civilizaciones.⁴

Consideramos necesario comentar que así ha sido, puesto que la historia demuestra la sucesión de sociedades desiguales, cuyo signo no ha sido otro que la opresión del hombre por el hombre: desde el esclavismo hasta el capitalismo, sea privado o de Estado. Todo parece indicar que el denominado por varios autores (Marx incluido) "comunismo primitivo" no es otra cosa que un buen deseo conducente a creer que si una vez hubo una sociedad comunitaria pura, es factible repetir la experiencia sin más en otro estadio del desarrollo de la humanidad.

Respecto a las privaciones propias de un grupo o clase sociales, salta a la vista que atañen más bien a los marginados y explotados de la sociedad. Los privilegios económicos, sociales y culturales que permiten atenuar el displacer, son patrimonio de pequeñas élites que buscan perpetuar su dominio sobre el resto de la sociedad con el objeto de no perder tan gratificante posición.

Pero, según esta teoría, la frustración por la cancelación de expectativas viables engendra en los dominados un sentimiento agresivo y de fuerte hostilidad en contra de una sociedad que no les permite gozar de un mínimo de bienestar.

Pero, se pregunta Freud, ¿por qué no cunde la rebelión? Y nos proporciona la respuesta a esta interrogante: hay un mecanismo de identificación del esclavo con el amo, que es el que explica la pasividad (relativa, según lo demuestra la historia de las revoluciones, decimos nosotros) de las masas, ante su triste situación; es el "ideal cultural", el que permite a los explotadores valerse del concurso y apoyo de aquellos en quienes sustentan su poder:

Cayo es un mísero plebeyo agobiado por los tributos y las prestaciones personales, pero es también un romano, y participa como tal en la magna empresa de dominar a otras naciones e imponerles leyes. Esta identificación de los oprimidos con la clase que los oprime y los explota no es, sin embargo, más que un fragmento de una amplia totalidad, pues, además, los oprimidos pueden afectivamente ligados a los opresores y, a pesar de su hostilidad, ver en sus amos su ideal. Si no existieran estas relaciones satisfactorias en el fondo, sería imposible que ciertas civilizaciones se hayan conservado tanto tiempo a pesar de la justificada hostilidad de grandes masas de hombres.⁵

Así pues, ciertas satisfacciones sustitutivas son requeridas por individuos o clases para compensar las renunciadas impuestas por la sociedad. Nadie escapa a esta situación, lo que varía es la cantidad y tipo de estos "escapes" de acuerdo con el lugar objetivo de clases e individuos.

A los sinsabores de esta vida y a las incógnitas y hostilidad de la naturaleza, la mayoría, si no es que la totalidad de las culturas, dice Freud, han opuesto, a manera de

“defensa” y consuelo, creencias míticas-religiosas a través de las cuales lo aparentemente inexplicable (azar, muerte, destino, naturaleza ciega) es comprendido y conjurada la angustia que produce en los humanos. Y no obstante el desarrollo del conocimiento objetivo, la indefensión de los individuos ante la realidad (tanto natural como social) continúa y se expresa en la proliferación de creencias irracionales en deidades de todo género que cumplen la importante función de atenuar los sufrimientos humanos:

...espantar los terrores de la naturaleza, conciliar al hombre con la crueldad del destino, especialmente como se manifiesta en la muerte, y compensarle de los dolores y las privaciones que la vida civilizada en común les impone.⁶

Si en algunos sujetos, y por el tipo de sociedad en que vivimos, la idea de dioses y duendes ha desaparecido parcialmente, los sustitutos cambian de forma pero no de función: ahora la ideología es más “realista”, pues las loterías y pronósticos ofrecen la posibilidad de poder aspirar a ser algún día millonario.

Después de todo la cultura no es tan “mala”; dioses y azares pueden compensar la imperfección de la vida en sociedad y hacer concebir esperanzas en una vida mejor, sea en otro mundo o sea en este, la trampa consiste en que la gente vive la fantasía de la esperanza, ya que dichas expectativas son postergadas indefinidamente.

Para el fundador de la psicología científica, la dolorosa infancia filogenética y ontogenética impele a los hombres a crearse representaciones gloriosas hasta lo grotesco, mera expresión de sus propias ilusiones: a final de cuentas, tanto sufrimiento merece una recompensa. La síntesis de las deidades en un solo Dios omnipotente y eterno (el paso del politeísmo al monoteísmo) considerado como un gran avance de la humillada humanidad,

viene a resaltar el carácter paternal oculto detrás de toda creencia en la divinidad, desde los inmemoriales tiempos de la horda primigenia: Dios = Padre.

El paralelismo es asombroso. La libido infantil se adhiere al objeto que viene a satisfacer sus iniciales placeres narcisitas, es por ello que la madre se convierte en su primer objeto amoroso, desea a su madre y siente hostilidad contra el padre, esta etapa llega a su fin en el momento en que, bajo la amenaza simbólica de sufrir la castración, renuncia al incesto y se identifica con el padre, introyectando los símbolos de la prohibición paterna. Es la mera fantasía de la castración la que obliga al niño a “olvidar” el objeto de su deseo, la madre, y a cancelar el sentimiento de hostilidad hacia aquel que coarta el cumplimiento de su deseo. La anterior tendencia al incesto y al parricidio es sustituida por la fantasía del autocastigo.

Al hacer suya la ley del padre, el niño supera el Edipo.

La nostalgia del padre, según la teoría psicoanalítica, el deseo de protección, el temor que sigue inspirando se muestran en toda religión: el hombre sigue siendo un niño indefenso necesitado de protección ante el mundo objetivo, y Dios, el Padre temido y amado que cuida y provee.

En pleno delirio* religioso, la “Providencia” mitiga el sufrimiento y la indefensión humanas; se encarga de hacer justicia; nos premia si nuestras conductas corresponden lo prescrito por la moral imperante; nos ofrece la esperanza en una vida mejor llena de satisfacciones y bienaventuranzas; de un modo u otro, nuestros deseos “algún día” serán cumplidos.

Hoy, ya no importa demasiado si se tiene o no una creencia en seres fantásticos de naturaleza divina; lo que se requiere es mantener la ilusión de que es posible colmar los deseos, incluso en esta vida. Aquí conviene clarificar al máximo el concepto que se está empleando de “ilusión”, primordial en nuestra indaga-

*Delirio: transformación del mundo llevada a cabo en la fantasía y determinada por el deseo.

ción.

Resulta por demás evidente, lo erróneo de estas creencias en seres y fuerzas sobrenaturales, y las pocas, casi nulas probabilidades de obtener el primer premio en loterías y pronósticos como medio para alcanzar la “felicidad” en “otro” o en este mundo.

Pero a la vez, no es menos notoria la participación del deseo de quienes desean atenuar su miseria con semejantes logros.

Al decir de Freud, la característica principal de la ilusión tal como se manifiesta en la sociedad “es la de tener su punto de partida en deseos humanos de los cuales se deriva”. Y es importante señalar que la ilusión no es necesariamente falsa o irrealizable, pues en el caso de los juegos de azar, no es imposible ganar, pero la probabilidad es mínima junto a la de millones de participantes. En el caso de la religión, tal vez sí resulte inverosímil y tales ilusiones se aproximen más a las ideas delirantes.

Solución propuesta por la religión:	Solución propuesta por loterías y pronósticos:
Carencia: real (aquí y ahora)	Carencia: real (aquí y ahora)
Abundancia en otra vida (Satisfacción de la carencia)	Abundancia en esta vida, Pero pospuesta indefinidamente (Satisfacción de la carencia)

La definición de Freud es precisa:

Calificamos de ilusión una creencia cuando aparece engendrada por el impulso a la satisfacción de un deseo; prescindiendo de su relación con la realidad, del mismo modo que la ilusión prescinde de toda garantía real.⁷

En ciencia y en filosofía es una ilusión esperar algún logro cognoscitivo a partir de la intuición (idealismo) y del éxtasis. Pero la creencia absurda en lo inverosímil cumple una función social, como ha quedado establecido, y no poco significativa.

Y si algo todavía tan arraigado en la conciencia de algunos individuos como es la reli-

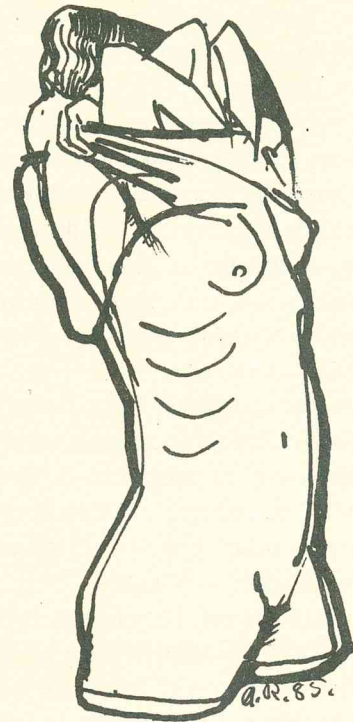
gión, a la que se ha catalogado justamente de “ilusión” porque no es más que una proyección de los deseos de muchos hombres, no es menos válido atribuir el mismo carácter a toda una serie de creencias que se manejan en la sociedad y que tienen que ver con todas las instituciones sobre las que descansan la mayoría de las sociedades contemporáneas, si no es que la totalidad: moral, civil, derecho, matrimonio, organización de la producción, educación, información, etc., que expresan el ideal de sociedad anhelado por más gentes de las que en realidad sirven.

Lejos de reconocer que la cultura, sus instituciones y los preceptos y normas sobre las que descansa, es producto de la acción de los hombres, se recurre al expediente de atribuir a la divinidad y a su voluntad y deseo nuestra organización social.

Para esta teoría, la religión sería la neurosis obsesiva de la colectividad humana, y de manera similar a como acontece con los niños, provendría del complejo de Edipo en la relación con el padre.

Reconoce además la coerción mental-sexual sobre los comienzos de la vida del hombre, la religiosa y la política, constreñimiento que lo mantiene enajenado, alienado de sí mismo y de lo que le rodea. Una posible salida a este extrañamiento de sí mismo supone el cultivo de la inteligencia, el uso racional de nuestras capacidades para lograr un conocimiento objetivo de todo aquello que circunda a la humanidad y que ésta transforma para poder sobrevivir; la sociedad habrá de evolucionar y pasar de este estadio infantil que le hace recurrir a creencias no fundamentadas y a proyectar sus deseos en entes metafísicos, lo que equivale a prescindir de la ideología para lograr un conocimiento racional de naturaleza y sociedad, es decir, de la realidad.

Por lo pronto, está visto que el actual tipo de civilización industrial capitalista, al desarrollar las fuerzas productivas hasta un límite sin precedentes, posibilitaría socializar



el bienestar, lo que no ocurre por el tipo de relaciones sociales establecidas.

Junto a los conceptos de ilusión e identificación viene el de "fantasía", que explica a esa actividad subordinada al principio del placer, y que escapa, todavía, al dominio del principio de la realidad. La forma de expresión de la fantasía se da en los sueños infantiles y luego se afirma bajo la forma de "soñar despierto", de "fantasear" el cumplimiento del deseo reprimido. Según Freud, trata de ligar los sueños con la realidad, guarda las imágenes de lo "deseado" contra la prohibición.

En la lógica de la opresión, la fantasía, que habla el lenguaje del sueño, es considerado desde "inútil" hasta "subversiva"; o bien, propia de la infancia y en los adultos mera "ensoñación", e incluso síntoma de enfermedad.

La fantasía es concebida como meta ins-

tintiva (o mejor, pulsional)* hacia el objeto deseado; está ligada a todo aquello que tienda a la gratificación y al goce. La adaptación a la realidad requiere de un apoyo de fantasía; deshinibición, libertad, principio del placer, cumplimiento del deseo, elementos y materia prima de la fantasía.

La imaginación artística sería la manifestación máxima de lo fantasioso, de lo corporal, de la sensualidad, de lo erótico, en suma, de lo prohibido.

En la fantasía se niega el principio de realidad establecido, se viola la norma, no se acata la ley.

Según Marcuse⁸ el núcleo de la fantasía es la protesta en contra de la represión, el rechazo a todo orden opresivo que enseña su dominio sobre los anhelos de la enorme mayoría de la humanidad; al decir de este autor, "vivir sin angustia" sería el fin último de la fantasía, por lo que su evidente contenido subversivo la circunscribe a los terrenos del arte, fácilmente mediatizable y asimilable por las clases dominantes.

Aquí cabría preguntar: ¿quién no ha "fantaseado" el cumplimiento de sus más recónditos sueños y deseos?, ¿quién no ha deseado que sus sueños se tornen realidad? La fantasía nos lleva a cumplir en el sueño, en el arte, en la imaginación lo que la realidad impide.

La necesidad individual de fantasía, en último análisis, hace que los hombres acepten fácilmente la ideología.

Renglones arriba se hablaba de cómo la conciencia del dominado puede llegar a identificarse con la de su dominador, fenómeno que opera en detrimento de los intereses del primero y en favor del poder del segundo.

De acuerdo a la teoría psicoanalítica, esto opera por un mecanismo al que Freud llama "identificación", que es el indicio más temprano de relación afectiva a otra persona y el factor determinante en la superación del complejo de Edipo.

El fenómeno de identificación revela que el sujeto aspira a conformar su propio yo análogamente al de otro sujeto tomado como mo-

*La pulsión es el instinto mediado ya por la cultura.



delo (ya lo vimos antes en el niño en su temprana relación con la madre y luego con el padre). El yo absorbe las cualidades y características del objeto de su interés. Freud nos presenta en *Sicología de las masas y análisis del yo* varias fuentes que implican diversos tipos de identificación, particularmente las de rasgos neuróticos e histéricos.

El enamoramiento, la indefensión ante el hipnotizador, la obediencia y sujetamiento al líder precisan de este mecanismo.

Dice Freud que todos los individuos en los varios ámbitos de su vida cotidiana se identifican entre sí, dando pie a la evidencia de una pluralidad de modelos que sirven de ideal o paradigma a los sujetos. Con el padre, con el educador, con el sacerdote, con el político, con la actriz, con el cantante de moda, con el revolucionario, con el empresario, etc., de hecho con uno o varios arquetipos alguien se identifica.

La constitución original de la comunidad humana es la convergencia de los "ideal del yo" de los individuos que la van a constituir: colocan un mismo objeto de interés común en sustitución de un ideal del yo personal, para lograr una identificación entre sí en su yo. Así asumen los ideales colectivos.

Tal masa primaria es una reunión de individuos que han reemplazado su ideal del "yo" por un mismo objeto, a consecuencia de lo cual se ha establecido entre ellos una general y recíproca identificación del "yo".⁹

Pero este proceso, como vimos antes, se inicia en la identificación con los padres, simultáneamente a la declinación del Edipo, sintetiza las funciones de modelo o "ejemplo" a la vez que las de prohibición y censura.

Papá prohíbe y castiga, pero también premia ajustarse a la norma establecida: en la medida en que el sujeto pretende ajustarse al modelo paterno y sus sucedáneos a la vez que a los ideales colectivos, se asume la imagen "oficial" (no real) de papá con todo lo que ello implica: valores, conductas manifiestas, hábitos. La crítica familiar va disminuyendo, hiriendo al narcisismo infantil hasta cance-

larlo; así, de acuerdo con la teoría, lo que el hombre proyecta ante sí como su ideal es el sustitutivo del narcisismo perdido en la infancia (en el niño él mismo es su propio ideal).

A esta instancia le dimos el nombre de ideal del yo y le adscribimos como funciones la autoobservación, la conciencia moral, la censura onírica y la influencia principal en la represión. Dijimos también que era la heredera del narcisismo primitivo, en el cual el yo infantil se bastaba a sí mismo y que poco a poco iba tomando, de las influencias del medio, las exigencias que éste planteaba al yo y que el mismo no siempre podía satisfacer, de manera que cuando el hombre llegaba a hallarse descontento de sí mismo podía encontrar su satisfacción en el ideal del yo, diferenciado del yo.¹⁰

Es claro ahora, que con la identificación, se

interioriza la prohibición en forma de censura: el superyo, que nos observa sin cesar y todo lo compara rígidamente con el arquetipo ideal de comportamiento social.

El yo obedece al mandato: "debe ser así"; la ley del padre, la prohibición social ha sido asumida por la conciencia del individuo. No es necesario violar de hecho la ley, pues con el mero propósito de hacerlo, el remordimiento hace presa al individuo.

Tú acatas el orden establecido y no te rebelas, como no te rebelaste contra papá.

Las funciones clásicas atribuidas al superyo tienen que ver fundamentalmente con el objetivo propuesto en este trabajo, ya que la autoobservación, la conciencia moral (la forma objetivada en cada uno de los sujetos particulares, de la prohibición social) y su papel como ideal del yo tienen una evidente relación con el concepto de ideología como se trató en la primera parte de este escrito. La ideología, esa inversión de la realidad que cumple la función social de hacer prevalecer los intereses de la clase dominante, es asumida en la conciencia de los individuos, es interiorizada por los sometidos, quizás, como dijo Marx, hasta que la opresión se torne insoportable, de tal suerte que vivan pasivamente su sometimiento y explotación; y todo ello ocurre por vía de esta instancia síquica denominada superyo y por medio de los mecanismos ya mencionados de la ilusión, la identificación y la proyección e introyección (con lo que un objeto exterior suplanta al ideal del yo).

Según el psicoanálisis, la eliminación del dominio ejercido por un individuo que es sustituido por el de la comunidad, es el punto clave que marca el nacimiento de sociedad y cultura, y su ulterior, lento y doloroso (para los humanos) desarrollo y consolidación. El "derecho" de la comunidad se antepone a la posibilidad de la satisfacción individual.

El mantenimiento de la cultura conlleva un enorme sacrificio para los hombres, más para unos que para otros, particularmente,

como se ha dicho, en sociedades clasistas en las que existe un excedente de represión social y personal, y en las que las medidas coercitivas traen consigo un creciente malestar que se manifiesta en todo tipo de conductas en contra del orden vigente, aunque sean pocas las que se expresen como franca rebeldía.

El equilibrio individual se puede lograr, de acuerdo a la teoría, de varias maneras sin que alguna de ellas garantice un permanente estado de felicidad.

En *El malestar en la cultura* se analizan esas posibilidades de obtener el equilibrio individual, mecanismos a través de los cuales se evade el hombre del malestar provocado por la cultura y que van desde la religión (delirio colectivo) hasta las enfermedades (particularmente sicosis y neurosis), pasando por los embriagantes y drogas.

En el recuento que hace Freud de los lenitivos para paliar el malestar en la cultura figuran: la sicosis, la neurosis, la religión, los embriagantes, el arte, la autosuficiencia narcisística, la satisfacción ilimitada de ciertas necesidades como beber, comer, darse lujos, vestir; el aislamiento, la ciencia (como producción científica), los estupefacientes, el yoga, el amor, el dinero, el sexo en abundancia, el poder político.

Aquí cabría añadir en forma destacada a los mensajes difundidos por los medios de información, no incluidos en este recuento.

Los anteriores mecanismos cumplen la función de lenitivos que atenúan el displacer y que procuran al sujeto diferentes dosis de satisfacción; resalta la imposibilidad de muchos individuos de tener acceso a varios de estos medios. Por más que un marginado "sublime" sus pulsiones, será imposible, en el tipo de sociedad vigente, que pueda desarrollar grandes (o incluso pequeñas) creaciones científicas o artísticas.

Para alcanzar y lograr, aunque en forma efímera, un cierto equilibrio con el medio ambiente social los anteriores caminos son utilizados y utilizables, con excepción de la vía religiosa en un cierto sentido, ya que como se ha dicho, impone a todos los hombres por igual el mismo método, único, para alcanzar la feli-

cidad, sin tomar en cuenta la economía libidinal de cada individuo.

Sin embargo, a final de cuentas termina por imponerse implacable, el principio de la realidad. En el caso de la religión, ésta opera deformando delirantemente la realidad, de manera que los hombres acepten dogmas y creencias injustificadas sin chistar, y como si la situación afectiva de cada humano fuera igual a la de los demás.

Al decir del fundador del psicoanálisis, la evidente caducidad de nuestro cuerpo asediado en todo momento por la enfermedad y por la muerte, aunada a la fuerza omnipotente de la naturaleza, a la que sólo parcialmente se ha puesto al servicio del hombre; y nuestra incapacidad más que manifiesta para regular las relaciones sociales buscando el equilibrio con los semejantes, son las fuentes principales del displacer que aqueja a la humanidad en todos los tiempos.

Es ante estas contrariedades, añade Freud, que la necesidad de atenuantes se ha venido haciendo imperiosa.

Los escapes a esta situación que amarga la existencia podrían agruparse en tres principales tipos:

...distracciones poderosas, que nos hacen parecer pequeña nuestra miseria; satisfacciones sustitutivas que la reducen; narcóticos que nos hacen insensibles a ella.¹¹

Con ellas se trata de evitar el displacer y experimentar intensas sensaciones placenteras, siempre en oposición, en pugna con la realidad exterior... "pues nuestras capacidades de satisfacción están ya limitadas por nuestra constitución síquica, lo que convierte nuestro goce en algo meramente episódico".¹²

Al contrario, el dolor y el sufrimiento son constantes; las leyes de Clausius corroboran esta situación: es más probable para la materia viva entrar en equilibrio con la entropía universal, que permanecer negando el estado entrópico, es decir, subsistiendo como materia viva. Ante esto no cabe dudar de la ingente necesidad de lenitivos para hacer más llevadera la existencia.

Incluso pudiera pensarse que el amor viniera a lograr un estado anímico catártico y que liberase al enamorado de su cotidiana infelicidad. Pero Freud se da cuenta de que en el estado de enamoramiento no se sabe bien a bien si el placer domina al dolor o viceversa, por las viscosidades propias de la relación amorosa y que a pocos son desconocidas.

Para los espíritus piadosos la religión es un medio irrenunciable para lograr la felicidad incluso eterna y al colmo; pero es esto pospuesto indefinidamente a otra presunta vida, por lo que conviene resignarse y no esperar demasiado en este mundo.

La religión, según el psicoanálisis, impone en los individuos un infantilismo síquico que los hace depender de las expectativas de premiación futura por parte de un padre todopoderoso que castiga a los malvados y recompensa a los bondadosos, en tal sentido el máximo logro de la religión es evitar que muchas personas caigan en la neurosis individual.

Nótese el carácter eminentemente ideológico de la religión como una "inversión" del mundo real y cumpliendo la tarea de nulificar cualquier esfuerzo por transformar de manera radical el tipo de cultura en la que siempre ha sido "necesaria".

Es claro que el hombre (concreto, histórico) no ha sido capaz de crear una sociedad menos represiva y más libre, no obstante el desarrollo del pensamiento y el conocimiento humanos.

Hoy, la mayoría de la humanidad se debate en condiciones misérrimas de existencia (diálogos Norte-Sur; UNCTAD); los conflictos están a la orden del día; la amenaza de una guerra nuclear es más real que algunos cuentos de ciencia ficción en los que se relata un imaginario holocausto atómico; la ignorancia se enseñorea de la mayor parte de la población mundial; todo ello cuestiona un modelo de "modernidad" amenazante y violento.

Para Freud, tal parece que las instituciones obra de la cultura humana, por lo me-

nos hasta ahora, cuentan en su haber una gran dosis de fracaso.

El desarrollo de las sociedades —y la historia no conoce otra organización social que las de clases, es decir las del dominio de unos cuantos individuos sobre la mayoría— ha impuesto a los humanos innumerables restricciones y ha castigado a los inconformes que se han opuesto al orden existente. La coartación de las pulsiones es el núcleo sobre el que descansa toda cultura represiva.

Un punto central para este trabajo lo constituye elucidar, con Freud, el destino de la energía de las pulsiones reprimidas. La energía síquica es limitada y se gasta principalmente en tareas inherentes a la propia cultura, al quehacer de la vida en sociedad. Otra cantidad se canaliza a la satisfacción erótica que es la que nos produce placer; pero es innegable que el tipo de sociedad que conoce la historia, primordialmente en la industrial capitalista, con su peculiar organización de los aparatos productivo y distributivo, se sustrae cada vez mayor cantidad de energía a la economía libidinal de los sujetos, por medio de la extracción de plusvalía, por medio de la explotación del trabajo humano. La analogía que hace Freud entre Eros (vida) y Ananké (escasez), por una parte, y la lucha de clases por la otra, es muy ilustrativa:

...la cultura adopta frente a la sexualidad una conducta idéntica a la de una clase social que haya logrado someter a otra a su explotación.¹³

Para nadie es secreto que la cultura, sobre todo la vigente, considera la sexualidad en su mera función reproductiva muy ajena al placer que produce en los humanos: el goce no es importante, si lo es el que los hombres reproduzcan el tipo de sociedad establecida por vía de la procreación de agentes que vengan a satisfacer los papeles asignados de antemano por la propia desigualdad social. Tabú ha sido

ver en lo sexual lo placentero.

La sociedad represiva y autoritaria, sus características a lo largo de la historia, refuerza constante y sistemáticamente las múltiples formas que constriñen al individuo y lo obligan a dedicar el máximo posible de energía en favor de las actividades que tienden a reproducir la cultura tal cual es. De esta manera, las relaciones sociales descansan y garantizan su permanencia en propósitos ajenos al principio del placer, con lo que se coarta e inhibe el fin específico de la libido que es la obtención del goce.

La reacción ante las barreras impuestas contra las satisfacciones pulsionales, dice Freud, se expresa en conductas pasionales muy agresivas, lo que redundará en una crisis social permanente.

Las disposiciones pulsionales humanas se resumen en Eros y agresión y su característica más distintiva lo es la plasticidad y su rumbo definitivo está determinado por las experiencias infantiles más tempranas, de tal manera que los límites de la educación del individuo son impuestos por la propia cultura en que se desarrolla y dependen de las posibles transformaciones de este medio ambiente.

Pero más que expectativas de evolución y desarrollo de la sociedad hacia formas de organización justas y racionales, el sistema social instituido busca establecer vínculos sociales coartados en su fin: el hombre es el lobo del hombre. A este respecto, según la teoría psicoanalítica, la pulsión agresiva, no es mero producto de la propiedad privada, y la abolición de ésta no da por segura la desaparición de las conductas hostiles entre los humanos; lo que es claro, es que la propiedad privada exagera la agresividad contenida en aquella mayoría de sujetos que no ven perspectivas de acceder a lenitivos que implican cierto poder económico para el disfrute de bienes materiales, de los que sí disfruta una élite.

En todo sistema social fincado en la desigualdad, la represión de los deseos por obtener placer y del cumplimiento de los mismos, es un requerimiento para perpetuar tal cultura.

Surge una pregunta a propósito de lo an-

tes dicho: ¿cómo frena o desalienta la cultura dominante el instinto de agresión que le es contrario? Lo hace a través de una instancia que se aloja en la conciencia del individuo y que Freud, ya lo habíamos mencionado, llama conciencia moral, un celoso guardián de los pensamientos y acciones de los sujetos:

La agresión es introyectada, internalizada, de vuelta al lugar de donde procede: es dirigida contra el propio yo, incorporándose a éste en calidad de superyo, se opone a la parte restante, y asumiendo su función de conciencia moral, despliega frente al yo la misma dura agresividad que el yo habría satisfecho en individuos extraños. La tensión entre el severo superyo y el yo subordinado la calificamos de sentimiento de culpabilidad; y se manifiesta como necesidad de castigo.¹⁴

Sin extenderse demasiado en la consideración, no es difícil inferir el extraordinario servicio que este mecanismo rinde a la perpetuación, a la constante reproducción del sistema cultural imperante, y, por supuesto, a quienes obtienen el menor displacer ante la represión de sus pulsiones por la situación social objetiva en que se hallan.

La prohibición y la norma han sido asumidas por el individuo en su propia conciencia; la coerción externa se hace menos necesaria si desde su fuero interno los sujetos han hecho suyo el mandato de la autoridad; ni siquiera los pensamientos o sentimientos pueden escapar de ser censurados. Por sólo desear un daño al prójimo o de gustar de su mujer, entra en acción la vigilante conciencia moral y nos hace sentir culpables de abrigar “nefastos” pensamientos. El temor a la autoridad paterna en la tierna infancia y el castigo de los deseos prohibidos son la fuente de donde surge el sentimiento de culpabilidad, el que nos acompañará por el resto de nuestra vida, tratando de impedir cualquier desviación del orden establecido. La autoridad exterior se continúa en el superyo para llegar al más recóndito rincón de la conciencia.

Ante todo se produce una renuncia instintual

por temor a la agresión de la autoridad exterior, pues a esto se reduce el miedo a perder el amor, ya que el amor protege contra la agresión punitiva; luego se instaura la autoridad interior con la consiguiente renuncia instintual por miedo a la conciencia moral. En el segundo caso se equipara la mala acción con la intención malévol, de modo que aparece el sentimiento de culpa y la necesidad de castigo. La agresión por la conciencia moral perpetúa así la agresión por la autoridad.¹⁵

Freud enuncia una situación paradójica en la formación y reproducción de la conciencia moral:*

...la renuncia instintual, que nos ha sido impuesta desde afuera, crea la conciencia moral, que a su vez exige nuevas renunciaciones instintuales.¹⁶

Las nuevas características sociohistóricas hacen un imperativo en la necesidad de acentuar cada vez más el sentimiento de culpa en los hombres de manera que se pueda mantener y profundizar ese sentimiento para cumplir los objetivos de dominación y, en particular, los de las clases que detentan el poder y que ya se dijo disponen de mayores y mejores lenitivos para paliar su propio malestar. El paralelismo que establece la teoría psicoanalítica entre la represión ontogenética y filogenética nos muestra que el proceso que comienza con el individuo en su relación con el padre, termina en su relación con la masa.

Una inevitable pregunta se plantea Freud: ¿ha valido la pena el sacrificio de los hombres en pro de la cultura?, en otras palabras: la pérdida de felicidad en los humanos, ¿compensa el progreso cultural?

Es difícil aventurar una respuesta, sobre todo si tomamos en cuenta que el desarrollo

*La conciencia moral es la forma objetivada en cada uno de los sujetos particulares, de la prohibición social.

de las fuerzas productivas logrado en nuestra época, bien podría satisfacer las necesidades por lo menos elementales de la enorme mayoría de la población mundial, si estuvieran realmente al servicio de la humanidad y no de una minoría privilegiada. Si el propósito último de la producción no fuera el lucro, sino el primordial objetivo de aliviar las necesidades elementales (por lo menos) de la población, otro tal vez sería el destino de la humanidad. Pero

tal parece que caemos fácilmente en idealizaciones que son en parte contenido de la crítica freudiana: en efecto, si esto sucediera así, nuestra estructura síquica tendría que ser diferente, y no la misma que impide que las cosas sean menos dramáticas. Pero lo peor del caso es que el multimencionado complejo de culpabilidad permanece inconsciente en los sujetos o que se percibe como un descontento al que se puede atribuir otro origen.

Referencias bibliográficas

- | | | | |
|--|---|--|--|
| <p>1. Freud, Sigmund. <i>Totem y Tabú</i>. México, Editora Iztacihuatl, 1970, p. 199-200.</p> <p>2. Freud, Sigmund. <i>El porvenir de una ilusión en</i></p> | <p><i>Obras completas de Sigmund Freud</i>. Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, p. 2962.</p> <p>3. Marcuse, Herbert. <i>Eros y civilización</i>. Joaquín Mortiz, México, 1969.</p> <p>4. Freud, Sigmund. <i>El porvenir... Opus cit.</i> p. 2965.</p> | <p>5. <i>Ibid.</i> p. 2966.</p> <p>6. <i>Ibid.</i> p. 2969.</p> <p>7. <i>Ibid.</i> p. 2977.</p> <p>8. Marcuse, Herbert. <i>Opus cit.</i></p> <p>9. Freud, Sigmund. <i>Psicología de las masas y análisis del yo en Obras completas... Opus cit.</i> p. 2592.</p> | <p>10. <i>Ibid.</i> p. 2588.</p> <p>11. Freud, Sigmund. <i>El malestar en la cultura</i>. Alianza Editorial, Madrid, 1979, p. 18.</p> <p>12. <i>Ibid.</i> p. 18.</p> <p>13. <i>Ibid.</i> p. 47.</p> <p>14. <i>Ibid.</i> p. 64.</p> <p>15. <i>Ibid.</i> p. 69.</p> <p>16. <i>Ibid.</i> p. 70.</p> |
|--|---|--|--|

SISTEMATIZACION DE LA SICOLOGIA CAPITALISTA A TRAVES DEL METODO MARXISTA

Jorge Esteban Garibay

miento al hombre, sin importar la faceta sobre la que se enfoque el estudio.

La elección del método marxista, como instrumento idóneo para el conocimiento del siquismo del hombre, no es una decisión provocada por el acaloramiento partidista, mucho menos por encargo o en defensa de ciertos intereses sectarios. Las virtudes del método quedarán expuestas a lo largo del trabajo. Sin la menor duda, estamos seguros que se levantarán muchas opiniones contrarias, pero, paulatinamente se ha ido demostrando la superioridad del materialismo histórico como método para el estudio del hombre. Ahora, le corresponde lucir sus amplias aptitudes en el área de la sicología.

Deseamos no dar la imagen de poseer un método omnipotente. El reto no significa que lo dicho en estas páginas sea absolutamente la "única verdad", por el contrario, el mismo método marxista señala que en el terreno de la ciencia no pueden darse "verdades absolutas". Lo sobresaliente al aplicar un método que se apega con mayor justeza a los requerimientos del objeto por conocer, son los resultados positivos que se obtienen de inmediato.

Una pequeña muestra de la generosidad del método, la tenemos al revisar la evolución histórica de la práctica dedicada a la interpretación del siquismo.

Los historiógrafos de la sicología han reportado las distintas modalidades adoptadas por esta ciencia en los diferentes estadios históricos, así, se da el reconocimiento de la sicología animista, la sicología griega y romana, la medieval, renacentista y la moderna. Sobre el mismo hallazgo, los sicólogos de izquierda explican dichas modalidades, no a la coincidencia azarosa de las circunstancias, ni a chispazos geniales de algunos hombres iluminados, sino a las modificaciones impuestas por las variaciones en los distintos modos de producción. Sustancialmente, cada modalidad adoptada por la sicología (aunque no recibiera este nombre) corresponde a una determinada estructura social, la que siempre se encuentra condicionada por un modo particular de producir los bienes necesarios.

Lograr una adecuada sistematización de todo lo que se ha dicho sobre el siquismo, es un descomunal desafío para cualquier trabajador intelectual. Simplemente, leer de principio a fin lo que se ha escrito en relación al siquismo, reclama más de una vida.

Varios sicólogos se han echado a cuestras la enorme tarea de sistematizar a esta ciencia, valiéndose para ello de diversos parámetros: unos han organizado los conocimientos en sicología por espacios cronológicos, otros se apoyan para su clasificación distinguiendo los nombres de distintas escuelas y corrientes. Hay investigadores que identifican y agrupan a las tendencias de la sicología según el método que subyace a la estructura teórica. Pero también los hay que pecan de simplistas, dividen el arsenal de conocimientos reunidos a la fecha, según la región, el país en donde se han originado, así es como se habla de una sicología norteamericana, japonesa o francesa.

Aquí, se intentará organizar el cúmulo de conocimientos psicológicos producidos a lo largo de la historia, teniendo, a diferencia de muchos otros autores, un método científico preciso para realizar la labor.

Las ventajas de inmediato se dejan sentir, cuando el investigador aplica un método preciso en su labor, más si el método elegido es la herramienta adecuada para el objeto por analizar. En este caso, pensamos que no hay mejor método que el marxista si se tiene por objeto de conoci-



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Departamento de Extensión Universitaria